

El periódico contaba tambien los progresos de la emigracion, y la reunion de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los principes franceses. Yo creí oír la voz del honor, y abandoné mis proyectos.

Vuelto á Filadelfia, me embarqué allí. Una tempestad me arrojó en diez y ocho dias á la costa de Francia, donde semi-naufragué en las islas de Guernesey y de Origny. Tomé tierra en el Havre, y en el mes de julio de 1792 emigraba con mi hermano. El ejército de los principes estaba ya en campaña, y sin la intercesion de mi desgraciado primo Armando de Chateaubriand, no hubiera sido recibido en él. Creí conveniente decir que llegaba ex-profeso de la catarata del Niagara, pero nada se queria oír, y tuve necesidad de batirme para obtener el honor de llevar una mochila. Mis camaradas, los oficiales del regimiento de Navarra, formaban una compañía en el campo de los principes; pero yo entré en una de las compañías bretonas. Puede verse lo que me aconteció, en el nuevo prefacio de mi *Ensayo histórico*.

A consecuencia de esto, lo que me pareció un deber, destruí los primeros desígnios que habia concebido, y marcó la primera de esas peripecias que han señalado mi carrera. Los Borbones no necesitaban sin duda que un segundon de Bretaña viniese de Ultramar á ofrecerles su oscuro afecto, así como no han echado menos sus servicios cuando salió de su oscuridad: si, continuando mi viaje, hubiese encendido la lámpara de mi huésped con el periódico que cambió mi vida, nadie hubiera echado menos mi ausencia porque nadie sabia que existía. Una breve lucha entre mi conciencia y yo, me llevó al teatro del mundo; yo hubiera podido hacer lo que hubiese querido, puesto que era el único testigo del debate; pero de todos los testigos, mi propia individualidad era ante la que mas temia avergonzarme.

¿Porqué las soledades del Erié y del Ontario se

presentan hoy con mas encanto á mi pensamiento, que el brillante espectáculo del Bósforo?

En la época de mi viaje á los Estados-Unidos, estaba en el lleno de mis ilusiones: las turbulencias de la Francia empezaban al mismo tiempo que comenzaba mi vida, y nada se habia consolidado ni en mí ni en mi país. Aquellos dias me son de grato recuerdo, porque reproducen en mi memoria la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia y por los placeres de la juventud.

Quince ó diez y seis años despues de mi segundo viaje, la revolucion habia pasado, y entonces ya no me alimentaba de quimeras; mis recuerdos, hijos de la sociedad, habian perdido su hermosura. Engañado en dos peregrinaciones, no habia encontrado el paso del Norte-Oeste; no pude arrebatar la gloria del centro de los bosques donde habia ido á buscarla, y la dejé posada en las ruinas de Atenas.

Habiendo salido de Europa para ser viajero en América, volví de América para ser soldado en Europa, y ni una ni otra cosa conseguí: un genio fatal me arrebató el báculo y la espada, y me puso la pluma en la mano. Contemplando el cielo durante la noche en Esparta, recordaba los países que habian visto mi sueño, ora tranquilo, ora tumultuoso; habia saludado en los caminos de Alemania, en los zarzales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio de los mares y en las selvas canadienses, las mismas estrellas que veía brillar en la patria de Helena y Menelao. ¿Pero de qué me servia quejarme á los astros, testigos inmóviles de mis vagabundos destinos? Llegará un dia en que su mirada no se fatigue mas en perseguirme, y solo se fijará en mi tumba. Ahora, indiferente á mi suerte, no pido á esos astros malignos la hagan variar mediante una influencia mas placida, ni que me concedan lo único que de su vida puede dejar el viajero en los sitios que ha visitado.

FIN DEL VIAJE A AMERICA.

VIAJE A CLERMONT.

(AUVERNIA).

2, 3, 4, 5 y 6 de agosto de 1805.

HEME aquí en la cuna de Pascal, y en la tumba de Masillon. ¿Cuántos recuerdos se despiertan! los antiguos reyes de Auvernia y la invasion de los romanos; César y sus legiones, Vercingetorix, los últimos esfuerzos de la libertad de los galos contra un tirano extranjero, despues los visigodos, mas tarde los francos, luego los obispos, los condes y los Delfines de Auvernia, etc.

Gergovia, oppidum Gergovia, no es Clermont, pues la verdadera Gergovia estaba en la colina de Gergoye que se descubria al Sud-Este. Aquí se halla Mont-Rognon, Mons Rugosus, de que se apoderó César para cortar los víveres á los galos encerrados en la Gergovia, ignorando hasta ahora que Delfin edificó sobre el Mons Rugosus un castillo cuyas ruinas subsisten.

Clermont es la antigua Nemossus, suponiendo no haya error en Estrabon, se llamaba tambien Nemetum, Augusto-Nemetum, Arverni urbs, civitas Arvernay oppidum Arvernum, segun testimonio de Plinio, Tolomeo, el mapa de Pentinger, etc.

Pero ¿de dónde viene este nombre de Clermont, y cuándo lo ha tomado? Loup de Ferrieres y Guillermo de Tiro dicen que en el siglo ix; pero hay otro parecer que resuelve mejor la cuestion. El Anónimo, autor de las hazañas de Pipin, ó Pepin, segun nuestra pronunciacion, dice: Maximam partem Aquitanie vastans, usque urbem Arvernam, cum omni exercitu veniens (Pipinus) CLARE MONTEM castrum captum, atque succensum bellando cepit.

Este pasaje es curioso porque distingue la ciudad urbem Arvenam, del castillo Clare Montem castrum. Por lo tanto, la ciudad romana estaba á la falda de la montaña, defendida por un castillo, edificado en su cima: este castillo se llamaba Clermont. Los habitantes de la ciudad baja ó de la villa romana, Arverni urbs, cansados de verse continuamente acometidos por sus contrarios pues vivian en una ciudad abierta, se retiraron poco á poco hácia las cercanías del castillo poniéndose bajo su proteccion; y á mediados del siglo viii se elevó una nueva ciudad llamada Clermont en la parte donde está hoy, es decir, un siglo antes de la época fijada por Guillermo de Tiro.

¿Será cierto que los antiguos arvernos y auvernios de hoy, invadieron la Italia antes de la llegada del piadoso Eneas, ó que, segun Lucano asegura, los arvernos descendian de los troyanos? En este caso no se hubieran inquietado por las imprecaciones de Dido puesto que se habian hecho aliados de Anibal y protegidos de Cartago. Segun los druidas, si es que podemos saber hoy lo que decian los druidas, Pluton fue padre de los arvernos; pero ¿esta fábula no habrá podido tener ori-

gen de los antiguos y tradicionales volcanes de la Auvernia?

¿Deberá creerse lo que dicen Ateneo y Estrabon de los espléndidos banquetes con que el rey Luerio obsequiaba á sus súbditos los arvernos, y de los paseos que daba en su elevado carro, desde el cual arrojaba á la multitud sacos de oro y plata? Empero, á pesar de este dicho los reyes galos (Cesar Comm.) vivian en una especie de chozas de madera y tierra, como nuestros montañeses de Auvernia.

¿Deberá creerse que los arvernos habian disciplinado perros que maniobraban como tropas ligeras, y que Bituito tenia un número tan crecido de ellos, que podia alimentarse un ejército romano?

¿Deberá creerse que este mismo rey atacó con doscientos mil combatientes al cónsul Fabio, que solo contaba treinta mil hombres? Esto no obstante, los treinta mil romanos mataron ó ahogaron en el Ródano á ciento cincuenta mil auverneses, ni mas ni menos. Contemos.

Cincuenta mil ahogados, es demasiado.

Cien mil muertos.

Ahora bien: no habiendo mas que treinta mil romanos, cada legionario debió matar tres auverneses, lo que da un total de noventa mil auverneses.

Quedan por dividir diez mil muertos entre los mas valientes ó las máquinas del ejército de Fabio.

Suponiendo que los auverneses no hiciesen una vigorosa defensa; que sus perros regimentados no hubiesen hecho mejor resistencia; que no se hubiera malogrado una sola estocada, picazo, flechazo ó pedrada, y que uno solo de estos golpes hubiese bastado para matar á un hombre; que los auverneses no hubiesen huído ni podido escapar; que los romanos no perdiesen un soldado; y en fin, que hubieran bastado materialmente algunas horas para matar con la clava cien mil hombres, el gigante Robastro seria un mirmidon al lado de estos portentos. En la época en que se verificó la victoria de Fabio, las legiones no llevaban consigo mas que diez máquinas de primera clase y cincuenta inferiores.

¿Podrá creerse que el reino de Auvernia, convertido en república, armó en tiempo de Vercingetorix cuatrocientos mil soldados contra César?

¿Podrá creerse igualmente que Nemetum fuese una ciudad inmensa, cuyo recinto contaba treinta puertas?

En puntos de historia me inclino á creer con mi compatriota el padre Hardouin, que la historia antigua

ha sido refundida por los monges del siglo XIII á imitación de las *Odas* de Horacio, las *Georgicas* de Virgilio y las obras de Plinio y Ciceron. Este buen padre se mofaba de los que pretendían que el sol estaba lejos de la tierra: he aquí un hombre razonable.

La ciudad de los Auverneses, convertida en ciudad romana bajo el nombre de *Augusto-Nemetum*, tuvo un capitolio, un anfiteatro, un templo de Waso-Galatas, y un coloso casi igual al de Rodas, y Plinio nos habla de sus canteras y escultores. Tuvo también una célebre escuela de donde salió el retórico Fronton, maestro de Marco-Aurelio. *Augusto-Nemetum*, que se regía por el derecho romano, obedecía á un senado: sus ciudadanos, que lo eran romanos, podían ocupar los principales cargos del Estado; esto recordaba la política de Roma-republicana, que concedía el poder á los esclavos.

Las colinas que rodean á Clermont estaban cubiertas de bosques, distinguiéndose por los templos que en ellos descollaban: en Champturgues estaba el templo de Baco; en Montjuset el de Júpiter, servido por mujeres-ladadas (*fatuae, fatidicae*); en Puy de Montaudon el de Mercurio ó Teutatés (Montandon, *Mons Teutates*), etc.

*Nemetum*, como toda la Auvernia, cayó bajo el dominio de los visigodos por cesion del emperador Nepos; pero habiendo sido vencido Alarico en la batalla de Vouillé, la Auvernia pasó á poder de los francos. Vinieron despues los tiempos feudales, y con ellos el gobierno frecuentemente independiente de los obispos, condes y Delfines.

El primer apóstol de Auvernia fue San Austremino, y desde este primer obispo de aquel país hasta Masillon, la *Gallia christiana* cuenta noventa y seis obispos, de los cuales treinta y uno ó treinta y dos han sido santos, habiendo sido uno papa bajo el nombre de Inocencio VI. El gobierno episcopal nada notable ha producido: hablaré de Caulin.

Chilping decía á Thierry que quería destruir á Clermont: «Los muros de aquella ciudad son fuertísimos, pues están defendidos por baluartes inexpugnables; y en fin, para que V. M. me entienda mejor, esos baluartes son los santos y las iglesias que rodean sus murallas.»

El papa Urbano II predicó en el concilio de Clermont la primera cruzada, y al escucharle, el auditorio exclamó: «¡*Deix el vol!*!» Aymar, obispo del Puy, partió con los cruzados, y el Taso le presenta asesinado por Clorinda.

Fu del sangue sacro  
Su Parme femminili, ampio lavacro.

Los condes que reinaron en Auvernia ó fueron los primeros señores feudales de ella, produjeron hombres bastante singulares; y hacia la mitad del siglo X, Guillermo, séptimo conde de Auvernia, que descendía de los Delfines vieneses por la línea materna, tomó el título de Delfin y le extendió á sus tierras.

El hijo de este, llamado *Roberto*, nombre de aventuras y romances, favoreció los amores de un caballero pobre. Este segundo Delfin tenía una hermana, desposada con Bertran I, señor de Mercœur; un trovador llamado Perols, se enamoró de esta noble dama, y habiendo confesado su pasión á Roberto, este pareció no haber recibido del todo mal la confidencia; esta es la historia del Taso desfigurada. Roberto también era poeta, y trocaba *serventes* con Ricardo Corazon de Leon.

El nieto de Roberto, comendador de los Templarios de Aquitania, fue quemado vivo en París, expiando con valor en medio de los tormentos su primer momento de debilidad. No halló en Felipe el Hermoso la tolerancia que había hallado un trovador; pero Felipe que quemaba á los Templarios, robaba y abofeteaba á los papas.

Una multitud de recuerdos históricos se unen á diferentes sitios de la Auvernia. La ciudad de la Torre recuerda un nombre siempre glorioso para Francia: la Torre de Auvernia.

Margarita de Valois, seduciendo al marqués de Canillac, que la custodiaba en el castillo de Usson, se consolaba placenteramente de la pérdida de sus grandezas y de las desgracias de su reino, aparentando al mismo tiempo estimar á la mujer de su alcaide: «Lo mejor del caso fue, dice d' Auvigné, que apenas volvió la espalda su marido (Canillac) para ir á París, Margarita la despojó de sus mejores alhajas, y echándola fuera con insolencia con todas sus guardias, se hizo señora de la plaza. El marqués se halló burlado y sirvió de hazme-reir al rey de Navarra.»

Margarita quería mucho á sus amantes mientras vivían; pero cuando dejaban de existir los lloraba, hacía versos á su memoria, y prometía serles siempre fiel: *Mentem Venus ipsa dedit*:

Atys, de qui la perte attriste mes années;  
Atys, digne des vœux de tant d'âmes bien nées,  
Que j'avais élevé pour montrer aux humains  
Une œuvre de mes mains.

Si je cesse d'aimer, qu'on cesse de prétendre:  
je ne veux désormais être pris, ni prendre.

Y aquella misma tarde Margarita era tomada, y desmentía su amor y su inspiracion.

Margarita había amado á La Mole, decapitado con Coconas, y en el trascurso de la noche hizo que robaran la cabeza del joven, la perfumó, la enterró con sus propias manos, y cortó, suspirando, sus pesares al bello *Jacinto*. «El pobre diablo, Aubiac, marchando á la horca, en vez de acordarse de su alma y de su salud, besaba un manguito de terciopelo azul, único resto de los beneficios de su amada.» Cuando Aubiac vió á Margarita por la primera vez, dijo: «Quería pasar una noche á su lado aunque fuera ahorcado poco despues.» Martigues llevaba á los combates y á los asaltos un perrito que le había dado Margarita.

D' Aubigné pretende que Margarita había mandado hacer en Usson las camas de las damas extremadamente altas, con el objeto de que no se desollasen las espaldas, como á ella solía suceder, metiéndose por debajo en cuatro piés para buscar á Pominy, hijo de un calderero de Auvernia, y que de monaguillo pasó á ser secretario de Margarita.

El mismo historiador la prostituyó á la edad de once años á d' Antragues y á Charin y la entrega á sus hermanos Francisco de Alenzon y Enrique III; pero no debe darse asenso completo á las sátiras de d' Aubigné, hugonote mal intencionado, ambicioso, descontento y hombre de ingenio cáustico y mordaz; y con tanto mas motivo debe desconfiarse de sus palabras, cuanto que Pibrac y Brantôme nada de esto dicen.

Si Margarita no amó á Enrique IV por parecerle asqueroso, no despreció los obsequios de Champvallon á quien recibía «en un lecho alumbrado por hachones, y adornado con colgaduras de tafetan negro.» Había escuchado las galanterias de Mayenne, hombre

corpulento y voluptuoso como ella; al hombre tan hondamente resentido con el vizconde de Turena; al viejo rufian de Pibrac cuyas cartas enseñaba para reirse con Enrique IV; á aquel criaduelo de Provenza, «Dato, á quien ennobleció en Usson con solo seis varas de tela, y á *pico-amarillo* de Bajamont,» el último de la larga lista de favoritos que había empezado con Antragues y había, continuado con los ya mencionados, el duque de Guisa, San Lucas y Bussy.

Segun el padre Lacoste, la sola *vista del hermoso brazo de Margarita* bastó para triunfar de Canillac.

Para terminar este notable comentario, que me se ha escapado en un flujo de coqueteria, como dice Monsieur Montagne, diré que si las dos líneas reales de Orleans y de Valois carecían de moralidad, en cambio tenían genio: ambas amaban las letras y las artes, y la sangre francesa y la italiana se confundieron en ellas con Valentina de Milan y Catalina de Médicis. Francisco I era poeta, como lo atestiguan sus encantadores versos sobre Ana Sorel; su hermana la reina de Navarra narraba á la manera de Boccaccio; Carlos IX rivalizaba con Ronsard; los cantos de Margarita de Valois, tolerante y humana á pesar de sus debilidades (salvo muchas víctimas en Saint-Barthelemy), eran repetidos por la corte entera, y sus *Memorias* están llenas de dignidad, gracia ó interés.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I y va descendiendo hasta Luis XIII, pero de ningun modo el siglo de Luis XIV, pues el pequeño palacio de las Tullerías, el antiguo Louvre, una parte de Fontainebleau y de Aynet y el palacio del Luxemburgo son ó eran muy superiores á los monumentos del gran rey.

Era un personaje muy distinto de Margarita de Valois, el canciller Hospital, nacido en Aigueperse á quince ó diez y seis leguas de Usson. «Aquel era otro censor Caton, dice Brantôme, que sabía corregir y censurar perfectamente el mundo corrompido. Al menos tenía toda la apariencia de tal con su gran barba blanca, su rostro pálido y continente grave; de tal suerte que al verle se hubiese dicho era un verdadero retrato de San Gerónimo.

«La severidad de este gran juez y severo magistrado no se burlaba fácilmente; pero esto no obstante era transigente con la razon.... Las bellas-letras le distraían mucho del rigor de la justicia, y era un orador sumamente elocuente, gran historiador y sobre todo muy buen poeta latino, como lo muestran muchas de sus obras.»

El canceller Hospital, poco querido de la corte y por lo tanto desgraciado, se retiró á gozar de su pobreza en una casita de campo cerca de Etampes. Acusado de ideas moderadas en religion y política, sus enemigos enviaron asesinos que acabaran con su existencia en el mismo momento en que tenía lugar la horrible matanza de Saint-Barthelemy: sus criados quisieron como era natural, cerrar las puertas de su casa: «No, no, les dijo, sino es bastante á darles entrada la puerta pequeña, abrid la principal.»

La viuda del duque de Guisa, que debió su salvacion á las súplicas de la duquesa de Saboya, salvó á la hija del canceller ocultándola en su casa; y el testamento de aquella víctima, traducido del latin al francés por Brantôme es sumamente curioso, así por sus disposiciones como por los detalles que encierra.

«Los que me han perseguido, dice Hospital, tomaron un pretexto de religion cuando ellos eran impíos é irreligiosos; pero os puedo asegurar [que

nada había que les irritase mas que el pensar que mientras yo estuviera en posesion de mi cargo no les sería permitido infringir los edictos del rey, ni saquear su propiedad y la de sus súbditos.»

«Por lo demás, hace cerca de cinco años que hago aquí la vida de Laertes..., y no quiero traer á mi memoria lo que he sufrido en este alejamiento de la corte.»

Las paredes de su casa se destruían, y le era penoso sostener á sus viejos criados y á su numerosa familia, y se consolaba como Ciceron con las Musas: deseaba ver á los pueblos restablecidos en su libertad, y murió cuando los cadáveres de las víctimas del fanatismo no habían sido aun roídos por los gusanos ó devorados por los peces y los buitres.

Desearia colocar á Châteauneuf de Randon en Auvernia ¡está tan cerca! Allí fue donde Du Guesclin recibió las llaves de la fortaleza sobre su ataud: mofa de los dos manuscritos que han hecho capitular la plaza algunas horas antes de la muerte del Condestable. «En la historia de ese breton se hallará un alma fuerte, nutrida en el hierro, formada con la victoria y contra la cual se estrelló por mucho tiempo el furor de Marte: en la Bretaña hizo su prueba de armas: la Inglaterra le sirvió de palestra, y en Castilla completó su carrera: allí las acciones no eran mas que los heraldos de su gloria; los desfavores; teatros elevados á su constancia; y el féretro, el pedestal de un trofeo inmortal.»

La Auvernia ha sufrido el yugo de los visigodos y de los francos, pero solo ha sido colonizada por los romanos; de suerte que si hay galos en Francia deben buscarse en Auvernia, *montes Celtorum*. Todos sus monumentos son célticos, y sus antiguas casas descenden ó de familias romanas consagradas al episcopado, ó de familias indígenas.

El feudalismo echó no obstante hondas raíces en Auvernia; y tanto fue así, que todas sus montañas se vieron erizadas de castillos, en los cuales se establecieron señores que ejercieron aquellas pequeñas tiranías, aquellos derechos singulares, hijos de la arbitrariedad, de la grosería de las costumbres y del tedio. En Langeac, el día de la fiesta de San Galo un señor de castillo, tiraba un millar de huevos á la cabeza de los paisanos, así como en Bretaña se llevaba á casa de otro señor un buey agarrotado en un gran carro tirado por seis bueyes.

Un señor de Tournemine, citado en su castillo de Auvernia por un ujier llamado *Lobo*, le hizo cortar la mano diciendo que jamás se había presentado un lobo en su castillo sin que hubiera dejado su pata clavada en la puerta. Así aconteció que en los *grandes días* celebrados en Clermont en 1665, aquellas insignificantes travesuras produjeron doce mil quejas criminales. Casi toda la nobleza tuvo que huir, no habiéndose olvidado aun el hombre de los *doce apóstoles*. El cardenal Richelieu hizo arrasar una parte de los castillos de Auvernia; y Luis XIV consumó la destrucción. De todos aquellos torreones arruinados, uno de los mas célebres fue el de Murat ó de Armagnac, y en él fue aprisionado el desgraciado Jacobo, duque de Nemours, amigo en otro tiempo de aquel Juan V, conde de Armagnac, que se desposó públicamente con su propia hermana. En vano el duque de Nemours dirigió una humildísima carta á Luis XI *escrita en la prision de la Bastilla* y firmada por el pobre Jacobo, pues fue decapitado en la plaza pública de París, y sus tres tiernos hijos colocados bajo el cadalso, se cubrieron de la sangre de su padre.

Carlos de Valois, duque de Angulema, hijo natural de Carlos IX y de María Touchet y hermano uterico de la marquesa de Verneuil, fue investido con el título y estados del condado de Clermont y Auvernia, y entró en los complots de Biron cuya muerte se le echado en cara justamente á Enrique IV. A la muerte de Enrique III, Enrique IV dijo á Armando de Gontaut, baron de Biron: *Ahora es preciso que pongais la mano derecha en mi corona; venid á servirme de padre y de amigo contra los que no quieren ni á vos ni á mí.* Enrique debiera haber conservado en la memoria sus palabras; hubiera debido recordar que Carlos de Gontaut, hijo de Armando, habia sido su compañero de armas; hubiera debido acordarse que la cabeza del que habia puesto *la mano derecha en su corona* habia sido arrebatada por una bala de cañón; no era pues justo unir en el Bearnés la cabeza del hijo á la del padre.

El conde de Auvernia fue arrestado en Clermont por nuevas intrigas, y aunque su amada la dama de Châteaugay amenazó matar con la pistola ó la espada á Eure y á Murat que se habian apoderado del conde, nadie murió. El conde de Auvernia fue llevado á la Bastilla de donde salió en tiempo de Luis XIII y vivió hasta 1650: era la última gota de sangre de los Valois.

El duque de Angulema era valiente, ligero ó ilustrado como todos los Valois. Sus memorias contienen una patética narracion de la muerte de Enrique III, y una noticia circunstanciada del combate de Arques al que se halló presente el duque de Angulema á la edad de diez y seis años. Cayendo sobre Sagonne, conspirador decidido, que le decia: «¡Látigo! látigo!» le atravesó el muslo de un pistoletazo y obtuvo las primicias de la victoria.

La Auvernia estuvo casi siempre sublevada en todo el tiempo de la segunda raza: dependa de la Aquitania, y la carta de Aalon probó que los primeros duques de este país descendian en línea recta de la raza de Clovis, y por lo tanto combatian á los Carlovíngios como usurpadores del trono. En tiempo de la tercera raza, cuando la Guyena, feudo de la corona de Francia, pasó por aianza y herencia á la corona de Inglaterra, la Auvernia fue en parte francesa, y se vio asolada por las numerosas compañías, los desolladores, etc. Cantábase por todas partes lamentaciones latinas sobre las desgracias de Francia:

Plange regni republica  
Tua gens ut schismatica  
Desolatur, etc.

Durante las guerras de la Liga, la Auvernia tuvo mucho que sufrir, habiendo sido famosos los sitios de Issoire: el capitán Merle, partidario protestante, hizo degollar vivos tres religiosos de la abadía de este nombre. No habia, pues, razon para gritar tanto contra las violencias de los católicos.

Háse citado mucho y con razon, la respuesta del gobernador de Bayona á Carlos IX que le mandaba destruir á los protestantes; pero Montmorin, que mandaba en Auvernia en la misma época, manifestó igual generosidad. La noble familia que habia mostrado tan verdadera adhesión á su príncipe, no la ha desmentido aun en nuestros días, pues ha derramado su sangre por un monarca tan virtuoso, como Carlos IX fue criminal.

Voltaire nos ha conservado la carta de Montmorin.

«SEÑOR:

«He recibido una orden, sellada por V. M. para que os dé muerte á todos los protestantes que se hallan en

»mi provincia. Respeto demasiado á V. M. para no creer que estas cartas son supuestas; y si, lo que á Dios no plazca, la orden emana verdaderamente de V. M., la respeto tambien demasiado para obedecerla.»

Sidonio Apolinario y Gregorio de Tours, los dos historiadores mas antiguos de Francia, son naturales de Clermont. Sidonio, natural de Lion y obispo de Clermont, no es solamente un poeta: es un escritor que nos enseña cómo los reyes francos celebraban sus bodas en un furgon; cómo se vestian y cual era su lenguaje. Gregorio de Tours nos dice, sin contar lo demás, lo que pasaba en su tiempo en Clermont, y narra con una ingenuidad de detalles que hace estremecer, la espantosa historia del sacerdote Anastasio, encerrado por el obispo Caulin en un sepulcro con el cadáver de un viejo. La anécdota de los dos amantes es tambien muy célebre: las dos tumbas de Injurioso y Escolástica se acercaban demostrando la union de los castos esposos que no temian ya faltar á su juramento. Una cosa semejante se ha dicho después, de Abelardo y Eloísa, pero este hecho no merece la misma confianza. Gregorio de Tours, sencillo en sus pensamientos, y bárbaro en su lenguaje, no deja de ser florido y retórico en su estilo.

La Auvernia ha visto nacer al canceller Hospital, á Dómat, Pascal, al cardenal de Polignac, al abate Gerard, y al padre Sirmond; y en nuestros días á La Fayette, Desaix, Estanig, Chamfort, Thomas, el abate Delille, Chabrol, Dulaure, Montlosier y Barrante. Me olvidaba contar entre estos á aquel Lizet, firme en la prosperidad, cobarde en la desgracia, que hacia quemar á los protestantes, pedia la muerte para el condestable de Borbon y carecia de valor para perder un puesto.

Ahora, ya que mi memoria no me recuerda nada esencial de la historia de Auvernia, voy á hablar de la catedral de Clermont, del Limagne y del Puy de Dôme.

La catedral de Clermont es un monumento gótico, que como los demás, no se ha concluido aun. Hugo de Tours comenzó su fábrica al partir para la Tierra Santa segun un plano levantado por Juan de Campis. La mayor parte de estos grandes monumentos se hacian solo á fuerza de siglos, por las inmensas sumas que costaban. La cristiandad entera pagaba estas sumas con los productos de la colecta y la limosna.

La bóveda ojiva de la catedral de Clermont, sostenida por pilares tan sumamente delgados que espantan á la vista, parece que van á dejar desplomarse la bóveda sobre la cabeza del observador. La iglesia, sombría y religiosa, está bastante bien adornada para la pobreza actual del culto. En ella se veia en otro tiempo el cuadro de la *Conversion de San Pablo*, uno de los mejores de Loirun, que se ha raspado con la hoja de un sable: *Turba ruit!* El sepulcro de Massillon estaba tambien en esta iglesia; pero se ha hecho desaparecer en un tiempo en que nada estaba en su sitio, ni aun la muerte.

Largo tiempo hace que el Limagne es célebre por su hermosura. Se cita siempre al rey Childeberto, á quien Gregorio de Tours hace decir: «Quisiera ver algún día el Limagne de Auvernia, cuyo país se dice mes sumamente agradable.» Salviano llama al Limagne la *médula de las Galias*. Sidonio, pintando el Limagne de otros días, parece retratar el de hoy: *Taceo territorii peculiarem jucunditatem, viatoribus molle, fructuosum iratoribus, venatoribus voluptuosum, quod montium cingunt dorsa pascuis, latera*

*vinetis, terrena villis, saxosa castellis, opaca lustris, aperta culturis, concava fontibus, abrupta fluminibus; quod denique hujus, modi est, ut semel visum advenis, multis PATRIE TRIVITNEM SÆPE PERSUADEAT.*

Creese que el Limagne ha sido un gran lago, y que su nombre viene del griego *λίμνη*: Gregorio de Tours escribió alternativamente *Limane* y *Limania*: Sea lo que quiera, Sidonio, jugando con la palabra, decia en el cuarto siglo: *Æquor agrorum in quo, sine periculo, quæstuosæ fluctuant in segetibus undæ.* En efecto, es un mar de mieses.

La posicion de Clermont es una de las mas bellas del mundo.

Imagínese una cadena de montañas reunidas en semicírculo; en la parte cóncava de él, una montaña sobre la que se eleva Clermont, y al pié de este el Limagne formando un valle de veinte y ocho leguas de largo por seis, ocho y diez de ancho.

El valle mirado desde la plaza del (1).... ofrece un punto de vista admirable. Vagando á la casualidad por la ciudad me detuve en esta plaza hácia las seis y media de la tarde. Los trigos maduros que cubrian la campiña se asemejaban á una playa inmensa cubierta de arena mas ó menos rubia. La sombra de las nubes sembraba aquella playa amarillenta de manchas oscuras á manera de capas de limo ó bancos de algas, imaginándose ver el fondo de un mar cuyas olas acababan de retirarse.

El recinto que forma el Limagne no está al mismo nivel, sino que por el contrario es un terreno desigual cuyas sinuosidades, de alturas diversas, parecen unidas cuando se las mira desde Clermont; pero en realidad ofrecen curvas numerosas y forman una porcion de pequeños valles en el seno del gran valle. Aldeas blancas, casas de campo, blancas tambien, añosos castillos negros, colinas rojas, viñedos, praderas enriquecidas con cascadas, nogales solitarios redondeados como los naranjos ó echando sus ramas en forma de candelabro dan una animacion brillante con sus variados colores al fondo monótono del color de los trigos: esta perspectiva será aun mas magnífica iluminada por diversos tonos de luz.

A medida que el sol descendia al Occidente, la sombra se extendia por el Oriente é invadia la llanura. El sol no tardó en desaparecer; pero bajando siempre y marchando por detrás de las montañas del Oeste, encuentra algun desfiladero que desemboca en el Limagne; y en este caso, deslizándose sus rayos á través de la abertura, cortan repentinamente la uniforme oscuridad del llano con un rio de oro. Los montes que bordean el Limagne por la parte de Levante, ofrecen todavia su cima alumbrada por la luz del día; y la línea que aquellos montes trazaban en el aire se quebraba en arcos cuya parte convexa miraba hácia la tierra. Todos estos arcos, uniéndose unos á otros por las extremidades, imitaban en el horizonte las sinuosidades de una guirnalda ó los festones de aquellos cortinajes que se suspenden en las paredes de los palacios por medio de rosetones de bronce. Dibujadas de esta suerte y pintadas como he dicho, con los reflejos del sol opuesto á ellas, las montañas de Levante parecian una cortina de moiré azul y púrpura: lejana y última decoracion del pomposo espectáculo que el Limagne desplegaba á mi vista.

(1) El nombre, escrito con lápiz en el original, está medio borrado.

Los dos grados de diferencia entre la latitud de Clermont y la de París son notables por la belleza de la luz que es mas delicada que en el valle del Sená, lo que hace que el verdor del campo se distinga desde mas lejos y parezca menos oscuro.

Adieu donc, Chanonat! adieu, frais paysages!  
Il semble qu'un autre air parfume vos rivages;  
Il semble que leur rue ait ranimé me sens,  
M'ait redonné la joie et rendu mon printemps.

Necesario es creer al poeta de Auvernia.

He observado en el estilo de la arquitectura ciertos recuerdos y tradiciones de Italia; los techos son planos y cubiertos de tejas acanaladas; las líneas de las paredes largas; las ventanas estrechas y practicadas en lo alto; los pórticos multiplicados; las fuentes frecuentes. Nada se parece mas á las ciudades y aldeas del Apenino que las ciudades y aldeas de las montañas de Thiers, al lado opuesto del Limagne y á la orilla de aquel Lignon donde Celadon fue salvado de la muerte por las tres ninfas Sylvia, Galatea y Leonida.

En Clermont no ha quedado una sola antigüedad romana, á no ser un sarcófago, un final de via romana y unas ruinas de un acueducto; ni un miserable fragmento de coloso y ni aun siquiera las huellas de las casas, de los baños y de los jardines de Sidonio. Nemetun y Clermont han sostenido por lo menos siete sitios, ó si se quiere han sido tomados y destruidos una veintena de veces.

Existe un contraste bastante marcado entre las mujeres y los hombres de esta provincia. Las primeras ostentan facciones delicadas y talle ligero y delgado, al paso que los hombres tienen una constitucion fuerte, siendo imposible no conocer á un verdadero auvernés por la forma de la mandíbula inferior. Una provincia, recordando solo los muertos, cuya sangre ha dado un Turena al ejército, un Hospital á la magistratura, y un Pascal á las ciencias y á las artes, ha probado que tiene una virtud superior.

Al Puy de Dôme fui por un asunto puramente de conciencia, y me ha sucedido lo que esperaba. El paisaje que se descubre desde lo alto de aquella montaña es mucho menos bello que el que se distingue desde Clermont. La perspectiva á vista de pájaro es plana y vaga, y los objetos disminuyen en la misma proporcion en que se extiende el espacio.

En otro tiempo hubo en el Puy de Dôme una capilla dedicada á San Bernabé, cuyos cimientos todavia se descubren, marcándose el sitio que ocupó con una pirámide de piedra de diez á doce piés. Allí hizo Pascal los primeros experimentos acerca de la pesantez del aire, y me representaba á aquel poderoso genio procurando descubrir en aquella cima solitaria, los secretos de la naturaleza que debian conducirlo al conocimiento de los misterios del Creador y de la misma naturaleza. Pascal se abrió el camino á la ignorancia cristiana por medio de la ciencia: comenzó por ser un hombre sublime, para aprender á ser un niño sencillo.

El Puy de Dôme no se eleva mas que ochocientas veinte y cinco toesas sobre el nivel del mar; pero esto no obstante, experimenté en su cima una dificultad de respirar que no sentí ni en los Alleghanys en América, ni en los Alpes mas altos de la Saboya. He pisado el Puy de Dôme casi con tanto trabajo como el Vesuvio, é invertí cerca de una hora para subir desde su base á la cima por un camino escueto y resbaladizo, pero en cuyo penoso tránsito las flores y el verdor

acompañan al viajero. La niña que me servía de guía me cogió un ramillete de hermosísimos pensamientos, pisando yo mismo claveles rojos de una elegancia perfecta. En la cima del monte se veían por todas partes anchas hojas de una planta bulbosa bastante parecida al lirio; y allí encontré con gran sorpresa mía sobre un sitio más elevado, tres mujeres asidas de la mano y que cantaban una canción. A mis pies había algunas vacadas pasciendo entre las montañuelas que domina el Puy de Dôme; los ganados suben á la montaña en la primavera y bajan de ella con las nieves. En todo aquel terreno abundan las chozas de la Auvernia, malos abrigos de piedras sin cimiento, ó de madera cubierta con césped. Cantad vuestras chozas, pero no las habiteis.

El patoi de la montaña no es exactamente el de la llanura; y la *gaita*, de origen céltico, sirve para acompañar algunos aires romancescos que no carecen de melodía, y sobre los cuales se han hecho palabras francesas. Los auverneses, como los habitantes del Rouergue, van á vender mulos á Cataluña y Aragon, y traen de estos países cierto aire español en armonía con la soledad de sus montañas; hacen para el invierno grandes provisiones de sol y de cuentos, pues los viajeros y los viejos gustan mucho de contarlos, porque han visto mucho, caminando unos por la tierra y otros por el camino de la vida.

Los países montañosos son á propósito para conservar las costumbres, y así es que una familia de Auvernia llamada los *Guítard Pinon*, cultivaba tierras en comun como en los alrededores de Thiers, y se gobernaba por un gefe electivo que tenía mucha semejanza con el antiguo clan de Escocia. Esta especie de república campestre ha sobrevivido á la revolución, pero está á punto de disolverse.

Dejo aparte las curiosidades naturales de la Auvernia: la gruta de Royat, encantadora no obstante por

sus aguas y verdura; las diversas fuentes minerales; la fuente petrificante de San Allyro con el puente de piedra que ha formado y que Carlos IX quiso ver; los pozos de pez, los volcanes extinguidos, etc.

Prescindo también de las maravillas de los siglos medios: los órganos y los relojes de campana con cabezas de moro que abrían bocas espantosas cuando acababa de dar la hora. Las grotescas procesiones, los juegos mezclados de superstición é indecencia, y mil otras costumbres de aquellos tiempos, no pertenecen más á la Auvernia que al resto de la Europa gótica.

He querido dirigir una mirada sobre la Auvernia antes de morir, en recuerdo de las impresiones de mi juventud. Cuando era niño y oía hablar de la Auvernia y de los muchachos auverneses, en los brezos de mi Bretaña, me imaginaba que la Auvernia era un país lejano donde se veían cosas extrañas, á donde no se podía ir sino exponiéndose á grandes peligros y caminando bajo la protección de la Madre de Dios.

Una cosa me ha llamado la atención y encantado á la vez, y es que he encontrado en el traje del aldeano auvernés el del aldeano breton. ¿De qué procede esto? De que hubo en otro tiempo para este reino y aun para Europa entera un modo comun de vestir. Las provincias apartadas han guardado la usanza antigua mientras que los departamentos vecinos á París han perdido sus costumbres antiguas; naciendo de aquí esa semejanza entre ciertos aldeanos situados en las extremidades opuestas de la Francia, y á los que no han llegado las novedades, por su indigencia y aislamiento.

No veo nunca sin una especie de enterneamiento los muchachos auverneses que van á buscar fortuna en ese gran mundo, con una caja y algunos malos pares de tijeras. Póbres niños que bajan tristes de sus montañas, y que preferirán siempre el pan moreno y el haz de leña á los pretendidos goces de la llanura.

Ellos llevaban la esperanza en su caja al bajar de sus rocas: ¡felices si la vuelven á la choza paterna!

FIN

## LA ATALA.

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDA

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.

IMPRESA DE GASPARY ROIG, EDITORES,

Calle del Principe núm. 4.

1854.